

Alcaldadas

Manuel Campa

Este año sólo tiene cinco meses. A quien ignore la actividad política le parecerá un desatino la frase anterior. En cambio, las personas que siguen con alguna atención la vida pública la encontrarán con algún sentido. Estamos en año electoral, y es tal el interés que ponen los políticos en los próximos comicios –similar al de los deportistas ante una olimpiada–, que parece un milagro que el mundo siga existiendo el 26 de mayo, al día siguiente de las elecciones municipales y autonómicas. Debe de ser que el principio de la inercia es más fuerte que cualquier acción de concurso o de tutela del mundo. Hay una preocupación máxima: lo que suceda el próximo 25 de Mayo. ¿Se acabará el mundo al día siguiente? No, si para entonces nos libramos del galipote del Prestige y no hay guerra preventiva. Hace unos años –veinte años dicen que no es nada– preguntaba un grupo musical: “¿Qué harías tú en el caso de un ataque preventivo de la URSS?”. Ahora, la pregunta se formula de un modo parecido: ¿qué harías tú en el caso de un ataque preventivo USA a Irak? Además de ver en la CNN, en directo, una guerra aparentemente sin muertos, nos preocuparemos, tal vez, de vacunarnos contra la viruela y de aprender a usar máscaras antigás, suponiendo que no queden ya restos de galipote que recoger en la autovía marítima del Prestige en el Cantábrico. Pero todas las preocupaciones se concentran de aquí a finales de mayo, dando por supuesto que el galipote, la guerra y las elecciones se darán antes de esa fecha. Nadie piensa que la guerra pueda darse más tarde, o que haya que recoger gasoil del mar en verano. Por eso, decía que este año parece que tiene sólo cinco meses. Por eso se comprime la vida pública de un año en medio, y, no habiendo lugar ni tiempo para tantas cosas juntas, desaparece la calma y la moderación, sucediéndose las actuaciones públicas desmedidas e inconvenientes. Los usos del lenguaje corriente tienen un palabra para designar esas salidas de pata de banco, tan frecuentes en momentos preelectorales: son las alcaldadas, que el diccionario define como “acciones imprudentes o inconsideradas que ejecuta un alcalde abusando de la autoridad que ejerce”. Por extensión, se aplica el mismo calificativo a otros cargos. Seguramente, las alcaldadas se dan en políticos de todos los partidos. Pero, no siendo una falta grave, acaba de darse una alcaldada de libro, que quisiera citar aquí. Acaba de inaugurarse en Madrid, en la sala de exposiciones de la Fundación Santander Central Hispano, una pequeña, pero gran exposición, sobre el Conde de Campomanes. (El acto quedó muy bien reflejado en estas mismas páginas de L.N.E.). Pero vamos a la alcaldada. En las fotos de todos los periódicos, y en la TV, aparecía en primer término, sin venir a cuento, pero no casualmente, al lado de los ministros, una concejala de Gijón, cuando Campomanes, que era de Sorriba –Tineo, no tuvo con Gijón ninguna relación diferente a la que mantenía con numerosos pueblos de Asturias. Ahí está el acto inconsiderado, es decir, la alcaldada. Esperemos que en el próximo sarao jovellanista, organizado por el gobierno de Madrid, aparezca, en primer término, en justa reciprocidad, presidiendo, el alcalde pedáneo de Santa Eulalia de Sorriba, que es la patria del más grande político que dio Asturias, del mismo modo que Gijón es la de Jovellanos. Durante la transición política a la democracia, y con motivo del IV centenario de la muerte de Teresa de Jesús, en 1982, un ministro de Suárez estaba empeñado en probar –otra alcaldada– que la santa de Avila ya había sido de la UCD. En esta soberbia exposición –aunque corta para los méritos de Campomanes–, se señala, en varios paneles, que el político de Sorriba era moderado y no revolucionario. ¿Por qué tanta insistencia en recordarlo? Entendemos el mensaje. También es fácil entender que las reformas emprendidas por Pedro Rodríguez eran profundas:

liberalización de puertos, frente al monopolio de Sevilla y Cádiz, libertad del comercio de granos, supresión de privilegios de la Mesta, fomento de la educación de los artesanos, así como de la industria popular, defensa de la igualdad en la educación de hombres y mujeres, cambio radical en la colonización de Hispanoamérica, proyectos de la carretera de Oviedo-Gijón, así como del Camino Real de Asturias a Madrid por Pajares (1783), expulsión de los jesuitas, ya que “no puede haber un Estado dentro de otro Estado”, fundación de numerosas Sociedades de Amigos del País, etc. No caigamos en el anacronismo de interpretar los grandes personajes históricos en claves actuales para su manipulación política, mediante alcaldadas. Aceptemos –como se reitera varias veces en los paneles de la exposición- que el Conde de Campomanes no fue revolucionario. Pero tampoco fue, ciertamente, lacayo ni mozo de espadas de ningún jefe de gobierno extranjero, como se estila ahora, sirviendo únicamente a su país, y teniendo la fortuna de contar con el apoyo de Carlos III, tal vez el mejor rey que ha dado España en los últimos siglos.